

# **LAS "PRIMAVERAS ÁRABES", DEL ORIGEN LAICO A LA DERIVA ISLAMISTA**

## **THE "ARAB SPRINGS", FROM SECULAR ORIGIN TO ISLAMIST DRIFT**

**RAFAEL GUERRERO MORENO<sup>1</sup>**

Cuando Europa se adentra en un sombrío otoño que trasciende lo meteorológico, cargado de nubarrones amenazando tormentas que cuestionan la viabilidad del estado de bienestar, al sur del Mediterráneo un puñado de países se esfuerzan en aferrarse a la esperanza de progreso democrático que encierra el concepto de ‘primavera árabe’. Y lo hace cada uno a su manera, aunque con el denominador común de haberse desencadenado a raíz de la presión social de una juventud indignada por la falta de expectativas y harta de décadas de autoritarismo, injusticia, subdesarrollo y corrupción.

La reciente celebración en Rabat de un foro internacional sobre las transiciones democráticas y los procesos constitucionales en el mundo árabe, al que hemos tenido la oportunidad de asistir, ha puesto de relieve el apasionante proceso democratizador que vive buena parte del mundo árabe, cuya primera chispa prendió cuando Mohamed Bouazizi, aquel joven tunecino desesperado, se quemó a lo bonzo el 17 de diciembre de 2010. La espiral de protestas fue tan intensa que Ben Alí, el sátrapa que gobernaba Túnez, no tardaría en huir ni un mes. Luego vendría el gran Egipto, donde los centenares de miles de jóvenes que tomaron el centro de El Cairo forzarían con la ayuda del ejército la dimisión de Mubarak.

Pero como ha ocurrido en Libia, Siria o Yemen, hay autócratas que se aferran al poder cueste lo que cueste, aunque provoquen enfrentamientos que se traduzcan en un baño de sangre. La intervención de la OTAN ha facilitado la caída de Gadafi, pero está por ver si se repetirá para derrocar los regímenes presididos por El Assad y Salé. Al igual que está por ver si los próximos derrocamientos -si es que se producen- van acompañados de espantosas escenas de tiranicidio como el de Gadafi, de huida y exilio consentidos como el de Ben Alí o de ajuste de cuentas con la justicia como el de Mubarak.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Periodismo por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es coordinador adjunto a la Dirección de Informativos de Canal Sur Televisión, así como director y presentador del programa semanal *La Memoria* (Canal Sur Radio). La presente contribución ha sido entregada, en su última versión, en fecha 2 de noviembre de 2011, por lo que, dado el carácter cambiante de los acontecimientos en el mundo árabe y la referencia a futuro de algunos hechos previstos, es posible que algunas apreciaciones y reflexiones del trabajo queden desfasadas.

Pero veamos y analicemos la evolución de los tres países mediterráneos que han experimentado importantes revueltas que han puesto fin a regímenes antidemocráticos largamente arraigados en esta 'primavera árabe'.

Del mismo modo que Túnez fue pionero en prender la llama de estas históricas protestas, también lo es en la evolución de los acontecimientos, ya que diez meses después de la huida de Ben Alí a Arabia Saudí se han celebrado unas elecciones generales calificadas de democráticas por los observadores internacionales que abren el camino a un proceso constituyente en el que todo el mundo va a fijar sus ojos por cuanto de su desarrollo dependerá la orientación del nuevo régimen que regirá los destinos de este pequeño país magrebí.

Hasta los comicios celebrados el 23 de octubre con un alto nivel de participación -signo inequívoco del hambre atrasada de democracia de un pueblo tunecino sometido a los clamorosos e impunes pucherazos del dictador-, Túnez ha vivido un período convulso y tensionado especialmente por elementos extremistas. De un lado, los emboscados seguidores del sátrapa depuesto interesados en desestabilizar la situación y, de otro, los islamistas radicales de tendencia salafista que han aprovechado cualquier situación para mostrar la cara siempre intransigente del fundamentalismo religioso. Prueba de ello han sido, de un lado, las protestas promovidas contra la paridad de género en las listas electorales que ha permitido impulsar fuertemente el protagonismo de la mujer en la política y, de otro, los disturbios promovidos poco antes de las elecciones tras la emisión en una cadena de televisión de una película de dibujos animados, considerada blasfema, que anteriormente había sido proyectada sin problemas en cines comerciales.

Cuanta razón tenía y tiene Ahmed Abderraouf<sup>2</sup>, miembro del primer Gobierno de transición tunecino cuando en el foro de Rabat, tan sólo tres semanas antes de esos serios incidentes contra la libertad de expresión promovidos por fundamentalistas, decía alentando contra la amenaza salafista que "las sociedades árabes no han superado las distinción entre religión y política en la organización de la sociedad". Abderraouf abundaba en su idea y profundizaba aseverando que "los principios universales deben prevalecer sobre el dogmatismo", al tiempo que hacía votos por "inaugurar una sociedad árabe democrática que respete su cultura tradicional, pero que esté por encima de ella".

Afortunadamente, la organización política de los salafistas ha tenido una escasa representación en las elecciones constituyentes tunecinas del 23 de octubre. Sin embargo, la gran sorpresa para los observadores occidentales ha sido la rotunda victoria -con un 42 por ciento de los sufragios- del islamismo moderado representado por el partido En Nahda cuyo líder Rachid Ghanuchi que, contrariamente a su trayectoria radical, ha ofrecido a la vuelta de su largo exilio una cara más amable y conciliadora, prometiendo respeto a la modernidad, a las libertades civiles y a los derechos

---

<sup>2</sup> Ministro de Asuntos Exteriores del primer Gobierno de transición formado en Túnez tras la caída de Ben Alí . Abderraouf acabaría dimitiendo de su cargo semanas después de su nombramiento.

democráticos. El tiempo dirá si En Nahda socava los principios laicos sobre los que Habib Bourguiba cimentó la república tunecina tras la independencia francesa en 1956, aunque de momento ha dado pruebas de apertura al tender la mano a los partidos izquierdistas y laicos que le siguieron en cómputo de votos a fin de formar un Gobierno de amplia coalición que garantice estabilidad con una sobrada mayoría absoluta y que permita la negociación de una Constitución democrática. En este sentido, conviene acentuar que este gesto de cohabitación política entre el islamismo moderado y el laicismo de izquierdas es un hecho inédito en un país musulmán y, por tanto, un signo esperanzador de diálogo y consenso.

Como si de una regla de cadencia temporal se tratara, Egipto asistirá al igual que Túnez -también 10 meses después de la caída de su presidente Mubarak- a la cita con las urnas, en este caso el 29 de noviembre. Unos comicios decisivos que vaticinan una importante presencia parlamentaria de los Hermanos Musulmanes que levanta no poco temor en Occidente, aunque como ha sucedido con el partido ganador en Túnez sus dirigentes llevan varios meses moderando su otrora radical discurso político, muy marcado por el seguimiento de los preceptos coránicos.

También al igual que lo ocurrido en Túnez, el gran Egipto ha estado sometido durante estos meses de transición a fuertes tensiones en cuya gestación no han sido ajenos tanto los partidarios del antiguo régimen depuesto como los radicales salafistas, con el punto álgido de los enfrentamientos religiosos entre la mayoría musulmana y la minoría cristiana que se saldaron con la muerte en octubre de 25 coptos por la dura represión policial.

Pero, sin lugar a dudas, el mayor denominador común entre la evolución de las primaveras tunecina y egipcia es el modo con que el protagonismo inicial que las desató, marcado por la reivindicación de laicismo y modernidad prooccidental se ha tornado más religioso e islamista. Es decir, que los objetivos que marcaron las protestas que derribaron los regímenes de los viejos dictadores ya no son los mismos ante las elecciones constituyentes. De tal modo que la orientación laica se vuelve confesional, ya que aquellos jóvenes estudiantes y trabajadores desesperanzados se han visto desbordados por la amplia base social sobre la que actúa el islamismo político que pretende recuperar el poder, tras el ostracismo al que le habían condenado los dictadores apoyados en y por el ejército.

Mientras los jóvenes laicos salían y se desplegaban en enero por la plaza Tahrir, los islamistas permanecían agazapados y conforme ha pasado el tiempo han tomado la calle, se han extendido y podrían rentabilizar el derrocamiento de Mubarak en las urnas, entre la inquietud generalizada no sólo de los iniciales promotores de la primavera egipcia, sino de Occidente dada la importancia y el peso de este gran país. No podemos olvidar que el eslogan más conocido de los Hermanos Musulmanes es "el Islam es la solución", una solución que, a juicio de destacados intelectuales como el escritor Alaa al

Aswany<sup>3</sup>, encierra “el fascismo religioso, que no es una creación egipcia, sino que recibe cantidades ingentes de petrodólares”. Al Aswany considera que “los nobles principios islámicos solo pueden aplicarse mediante un auténtico Estado laico y abierto a todos los ciudadanos, cualquiera que sea su ideología o su religión”, para concluir afirmando rotundamente que “la democracia es la solución”, no el Islam.

El caso de Libia, empero, es el más violento y sangriento de las revoluciones que ha vivido la orilla sur del Mediterráneo. Se cuentan por miles las víctimas del enroque del dictador Gadafi que nunca quiso darse por enterado del grito de libertad del pueblo al que llevaba subyugando durante 42 años, aunque es bastante probable que la sangría hubiese sido mucho mayor y que el derrocamiento final no se hubiese producido de no haberse dado la intervención armada de la OTAN a favor de los rebeldes, que ha conseguido doblar el poderío militar del régimen.

Ocho meses de guerra han dejado un saldo de odio y revanchismo, cuando no de destrucción de poblaciones y de suspensión de la producción petrolífera, que dificultan la transición hacia la democracia. Un proceso que se habría complicado aún más si Gadafi hubiese sobrevivido a su detención y con su mera presencia viviente se mantuviera aún como referente para tantos libios que durante décadas lo consideraban su líder divino (dicho sea esto, claro está, desde el rechazo a su espeluznante linchamiento mortal).

De hecho y pese a que el país ya había sido controlado totalmente por los rebeldes, no ha sido hasta la reciente muerte del tirano el 20 de octubre cuando la autoridad provisional del Consejo Nacional de Transición (CNT) ha podido respirar y centrarse en impulsar una transición que va a ser mucho más compleja y difícil que en los países vecinos. Esto es así, fundamentalmente, porque Libia es un país desestructurado, un país desvertebrado, un país que por no tener, hasta carecía de Constitución desde que Gadafi derogó la carta magna monárquica vigente desde 1951 al derrocar al rey Idris en 1969. Esta falta de cohesión institucional diferencia a Libia de Túnez y Egipto.

Pero además, Libia encierra elevados niveles de desigualdad con una gran dispersión tribal y altos índices de analfabetismo, según puso de manifiesto en el foro rabatí Amer Ramadan, profesor de Ciencias Políticas y miembro del CNT, algo que “dificulta la labor de convencimiento del pueblo y facilita su manipulación”.

El reciente anuncio de Mustafá Abdulyalil, presidente del CNT, de que la *sharia* será la fuente de derecho en Libia ha causado gran alarma en los medios occidentales, por lo que puede suponer de involución sobre todo para los derechos civiles y, de manera especial, para las mujeres. Unas mujeres, que durante el periodo despótico ahora concluido han disfrutado de un estilo de vida muy occidental y a las que costaría trabajo volver a la invisibilidad tradicional. Así pues, el Gobierno provisional libio parece

---

<sup>3</sup> Intelectual progresista independiente que ejerce la profesión de dentista en El Cairo. Publicó un interesante artículo titulado “Egipto ante el fascismo” en *El País* de 28 de octubre de 2011.

decantarse -por no hablar de condicionar el futuro- por la alternativa del islamismo político radical, en una especie de movimiento pendular histórico. El establecimiento de la ley islámica como marco referencial para el derecho no ha sorprendido a quienes asistimos en septiembre al foro de Rabat sobre la 'primavera árabe', ya que la presencia no programada del ministro de Justicia del Gobierno provisional del CNT Mohamed al Alagi permitió destapar lo que hasta entonces sólo era un propósito reservado un mes antes de la muerte de Gadafi.

Pero aunque teóricamente pueda restablecerse el derecho a la poligamia, también es verdad que se ha advertido que no se derogarán otras leyes civiles de la era Gadafi como la norma que limita la unión con varias mujeres a que la primera esté enferma o no pueda procrear. Está aún por ver la orientación que los libios den a su Constitución, tras unas primeras elecciones que en principio se prevén para dentro de un año, pero no parece un buen comienzo la adopción de una decisión tan importante como la imposición de la *sharia* como fuente de derecho por parte de unos gobernantes provisionales que no han sido elegidos por el pueblo soberano. Entretanto, los periodistas y los observadores occidentales son testigos en las ciudades libias de un cambio sustancial y significativo en los hábitos de comportamiento generales de una población que meses atrás evitaba asistir a las oraciones en las mezquitas, mientras que ahora llena los templos como si se tratara de una explosión masiva de fervor religioso.

En medio del fragor de tanta efervescencia revolucionaria, hay otros países cuyos gobernantes han tomado seria nota del profundo calado reivindicativo de las protestas y, con habilidad, se han anticipado a la jugada, se han curado en salud y han tomado las riendas de la situación al impulsar unas reformas constitucionales que fijan sus objetivos en los sistemas democráticos del norte desarrollado. Son Marruecos y Jordania, probablemente las dos monarquías más democráticas del mundo árabe.

Con el telón de fondo de las estrepitosas caídas de los vecinos Ben Alí y Mubarak en enero y febrero, los jóvenes marroquíes se echaron a la calle el 20 de febrero, fecha que dio nombre a su movimiento de protesta, precedente del español de los Indignados del 15-M. Pero ni un mes después y haciendo alarde de inteligencia y reflejos, el monarca alauí Mohamed VI anunciaba el inicio de un proceso de reforma constitucional expés que a comienzos de julio era aprobada en referéndum, desactivando en buena medida a los protestantes y erigiéndose de facto en referente para los países vecinos inmersos en un proceso de transición marcado por una esperanza no exenta de riesgos e incertidumbres.

Pese a su origen sobrevenido desde arriba hacia abajo, desde la corona hacia el pueblo, la Constitución marroquí recientemente refrendada por la población podría considerarse como una de las más avanzadas de todo el mundo árabe. Aunque su inspiración original es regia, su elaboración ha estado presidida por una amplia participación de expertos, partidos y organizaciones sociales para ser finalmente sancionada en su proyecto final por el monarca, que ha renunciado a algunos de sus muchos y tradicionales privilegios, como el nombramiento del primer ministro que a partir de ahora será elegido por el Parlamento.

Como no podía ser de otro modo, dado el marco geográfico y la intencionalidad del encuentro internacional, varios de los expertos que formaron parte en la apresurada pero concienzuda confección de la nueva carta magna estuvieron presentes en el foro de Rabat, como la profesora de Ciencias Políticas Nadia Bernoussi<sup>4</sup>, que destacó “la iniciativa real con un proceso transparente y participativo que no ha hecho necesaria la celebración de elecciones constituyentes, con el consiguiente ahorro de tiempo”.

La separación de poderes (temporal y espiritual) queda de relieve en la Constitución marroquí que, aunque contempla el Islam como religión oficial del Estado, también reconoce la libertad de culto. Nadia Bernoussi recalcó que “la fuente del derecho y de la legislación es la soberanía popular y no el Islam”, matizando algo importante como que “el Islam marroquí es abierto, moderado y tolerante”. En ese sentido, conviene recordar que la competencia sobre la política religiosa sigue siendo responsabilidad del rey, como garante de la libertad de culto y del Islam, al que se le reconoce el título de comendador de los creyentes y presidente del Consejo Supremo de los Ulemas.

El proceso reformista sin sobresaltos protagonizado por Marruecos lógicamente es bien visto por la comunidad internacional y, de manera especial, por la vieja Europa que acaba de crear una sección especial y específica para el atento seguimiento de los procesos de la ‘primavera árabe’ a cuyo frente ha puesto a un diplomático joven y al tiempo experimentado como el español Bernardino León que, en su calidad de representante especial de la UE para el Mediterráneo Sur, subrayó en Rabat que “la Unión Europea respeta la extraordinaria reforma política de Marruecos, que es una evolución que contrasta con la espectacularidad de las revoluciones acontecidas en Túnez, Egipto y Libia”. En ese sentido, el marroquí Youssef Amrani, secretario general de la Unión por el Mediterráneo<sup>5</sup>, reclamaba al mundo desde Rabat la atención sobre la trascendencia del proceso de cambio que se está produciendo en la orilla sur del *Mare Nostrum* al afirmar con énfasis que “la historia llama a nuestra puerta”.

La velocidad del proceso reformista marroquí es tal que el 25 de noviembre se celebrarán los primeros comicios legislativos tras la nueva Constitución, cuyos resultados pueden ser reveladores de la orientación política que se dibuje en el futuro inmediato del vecino reino alauí, que podría sumarse a la ola islamista que sacude al mundo árabe. Observadores occidentales coinciden en vaticinar un importante crecimiento del moderado Partido de la Justicia y el Desarrollo (PPJD), que podría beneficiarse del letargo en el que se hallan sumidos los partidos tradicionales, que siguen anclados en tiempos pasados sin apenas renovar sus candidaturas electorales, esclerotizados y ajenos por completo a los vientos de cambio que recorren la región.

---

<sup>4</sup> Ponente y relatora de las conclusiones del Foro Internacional sobre las Transiciones democráticas y los Procesos Constitucionales en el Mundo Árabe, en su calidad de miembro de la Comisión para la Revisión de la Constitución marroquí.

<sup>5</sup> La Unión por el Mediterráneo es un foro impulsado en julio de 2008 por el presidente francés Nicolás Sarkozy para potenciar la colaboración entre los más de 40 países ubicadas en las orillas del Mediterráneo en materias como la energía, la educación o la economía.

La nueva Constitución marroquí, aunque dista aún bastante de las europeas sobretodo porque mantiene una monarquía que sigue acaparando demasiado poder y fortuna, incluye avances muy sustanciales como basar la fuente del derecho en la soberanía popular y no en el Islam, religión predominante sobre cuya pretendida orientación abierta, moderada y tolerante el rey tiene una importante responsabilidad. Por no hablar de la separación de los poderes del Estado, de la igualdad plena de derechos de la mujer y de las minorías religiosas y étnicas, o de los mecanismos de control y transparencia.

*Mutatis mutandis*, pongamos como ejemplo un signo de progreso institucional democrático en el que Marruecos aventaja a España. Ahora que en la orilla norte del Estrecho se nos acaba de imponer sin referéndum algo tan importante como una reforma constitucional para marcar a hierro la limitación del déficit público, choca el contraste entre la inexplicable inexistencia en España -con tanta telebasura y tanta falta de pluralismo televisivo- de un organismo regulador audiovisual como los de la mayoría de los estados de nuestro entorno occidental y los ocho años de historia que acumula ya el consejo audiovisual marroquí<sup>6</sup> que, por si fuera poco, acaba de verse reforzado con su mención expresa en la nueva Constitución.

Marruecos, cuyo ejemplo reformista ha sido importado durante el pasado verano a Jordania por el monarca Abdalá II, ha eludido así con esta iniciativa regia la tensión de un periodo constituyente que indefectiblemente afecta a los países donde se ha producido una ruptura, donde las protestas populares han derrocado a sus antiguos gobernantes (Túnez, Egipto y Libia). Aunque en estos países la vanguardia que ha pilotado sus respectivas revoluciones tenía claro sesgo laico y progresista, su evolución y su desarrollo posterior revelan una islamización de estos procesos transicionales que despierta no pocos recelos en Occidente, por no hablar de seria inquietud y honda preocupación.

De la simpatía a la preocupación. Este es el sentimiento cambiante con el que desde Occidente se contempla el devenir de la ‘primavera árabe’, ya que la cuestión de fondo no es otra que determinar cuál será el papel que desempeñará el Islam en el desarrollo político de estos países sometidos a cambios profundos y necesarios en pos de una democratización. Pero esta inquietud también surge en la mente de intelectuales árabes. Sirvan como botones de muestra y como elementos de reflexión dos frases extraídas de un artículo recientemente publicado en España por el periodista marroquí Zouhir Louassini<sup>7</sup>: “El mundo árabe islámico se ha convertido en rehén de una ideología que cifra su salvación en razonamientos religiosos” y “los islamistas, aún

---

<sup>6</sup> La Alta Autoridad de la Comunicación Audiovisual (*HACA*) de Marruecos, compuesta por el Consejo Superior de la Comunicación Audiovisual, con poder deliberativo, y la Dirección General de la Comunicación Audiovisual, encargada de las funciones administrativas y técnicas, fue creada el 31 de agosto de 2002 en el marco del proceso de liberalización del sector audiovisual.

<sup>7</sup> Periodista marroquí que trabaja para la Radiotelevisión Italiana RAI, en su artículo ‘Islam político 2.0’, publicado en *El País* el 25 de octubre de 2011.

ganando elecciones, no deben tener carta blanca para devolver sus países al Medievo”. Toda una advertencia, esta última, acerca de las pretensiones abiertas o enmascaradas de los partidos islamistas que puedan acceder al poder como consecuencia de las transformaciones políticas que vive el mundo árabe.

“Cada cambio es único, en esto no hay recetas”, comentaba la profesora Bernoussi en la lectura de las conclusiones del foro rabatí. A lo que minutos después Taïb Fassi Fihri en su discurso de clausura como ministro marroquí de Asuntos Exteriores añadió que “no cabe hablar de una primavera árabe, sino de primaveras en plural”. Del mismo modo que, en términos transicionales, durante el siglo pasado a finales de los ochenta los países del Este de Europa vivieron las suyas y pocos años antes, tras la muerte del dictador Franco, España vivió la suya, una ‘primavera’ apasionante y no exenta de sobresaltos.

Mientras los europeos padecemos ensimismados e impotentes los recortes sociales y democráticos que pueden dejar hecho jirones nuestro estado del bienestar, nuestros vecinos del sur intentan avanzar con reformas y revoluciones hacia la democracia real que les facilite el desarrollo. Un progreso que dependerá mucho de la voluntad política con que se impulsen sobre el terreno unos cambios de costumbres y actitudes que deberían ser activamente asumidos por una sociedad civil demasiado lastrada por la inercia del fundamentalismo dogmático.